

Fragmento traducido del libro

Harald Welzer
Klimakriege
Wofür im 21. Jahrhundert gekämpft wird
S. Fischer Verlag
Frankfurt am Main 2008
ISBN 978-3-10-089433-5

pp. 6-8, 247-257, 261-267

Harald Welzer
Guerras climáticas
Por qué se lucha en el siglo XXI

Traducción de Martina Fernández Polcuch

Índice

Un navío en el desierto.

Pasado y futuro de la violencia 9

Conflictos climáticos 18

Occidente I 18

Los otros 23

Occidente II 25

Intentos de solución 33

Matar cobra sentido 37

Calentamiento global y catástrofes sociales 41

Subcomplejidad 46

¿Quién es "nosotros"? 47

Viejos problemas ecológicos 49

Cambio climático. Un resumen 53

Un aumento de dos grados 60

Matar ayer 62

Fin del mundo 62

Defender 65

Body count 68

Realidades transformadas 72

Matar hoy 79

La carne de tu madre se me atascó entre los dientes 79

Genocidio en Ruanda 87

Una vida estrecha 88

¿Qué vieron los perpetradores? 92

Darfur: la primera guerra climática 94

Ecología de guerra 100

Sociedades que fracasan 101

Estados que colapsan 107

Violencia y cambio climático 110

Injusticia y asincronismo 116

Violencia y teoría 122

Matar mañana. Guerras permanentes, limpiezas étnicas, terrorismo, desplazamiento de las fronteras. 126

Guerras	128
Guerras permanentes	134
Mercados de la violencia	142
Adaptación	149
Limpiezas étnicas	151
Conflictos ambientales	157
Terrorismo	162
El terrorismo como transformación del espacio social	176
Sentido bloqueado	179
Aeneas, Hera, Amazon y Frontex:	
Guerras fronterizas indirectas	181
La ruta Marruecos – España	182
Campos de refugiados	184
Otra vez, Frontex	186
<i>Illegal Aliens</i>	190
Política de refugiados y política de asilo	196
Fronteras extraterritoriales	197
Procesos veloces de transformación social	200
Cambio climático desmesurado	202
Personas transformadas en realidades transformadas	211
<i>Shifting baselines</i> : puntos de referencia cambiantes	212
Los marcos de referencia y la estructura de la ignorancia	218
Conocimiento e ignorancia acerca del Holocausto	220
<i>Shifting baselines</i> , en otra parte	231
El renacimiento de viejos conflictos: fe, clases	
Los recursos naturales y la erosión de la democracia	240
Delegando violencia	244
Más violencia	247
Lo que se puede hacer y lo que no I	250
Seguir-como-hasta-ahora	251
Pasados futuros	257
La buena sociedad	261
Tolerancia represiva	267
Poder contar una historia sobre uno mismo	268

Lo que se puede hacer y lo que no II 273

Anexo 279

Notas 279

Referencias 310

Agradecimientos 322

Índice temático 324

Índice onomástico 334

(...)

Más violencia

Tuvimos que destruir la ciudad para poder salvarla.

Oficial del ejército estadounidense, 1968, Vietnam del Sur.

A la luz de estas circunstancias salta a la vista que el cambio climático es un peligro social subestimado que incluso, en gran medida, aún no ha sido comprendido como tal. Parece resistirse a la imaginación el hecho de que este fenómeno descrito *desde la perspectiva de las ciencias naturales* pudiera abrir las puertas a catástrofes sociales como desmoronamientos de sistemas, guerras civiles y genocidios, más aún en un momento en el que todo parece estar en orden. Pero no hace falta tanta fantasía anticipatoria para imaginárselo: ya es posible señalar conflictos sociales, guerras climáticas y medidas de seguridad de la actualidad que están condicionados por factores ambientales:

1. Ya hay guerras climáticas en regiones y circunstancias en las que la desestatización y la existencia de mercados de la violencia privados son parte de la normalidad. Todo cambio para mal de las condiciones ambientales en regiones con esas características abre nuevas oportunidades y nuevos espacios para los empresarios de la violencia, con el consiguiente aumento de la probabilidad de que las guerras se vuelvan permanentes y sean trasladadas más allá de las respectivas fronteras nacionales.
2. La degradación de los suelos, las inundaciones, la escasez de agua potable, las tormentas y demás consecuencias del cambio climático restringen los espacios y las oportunidades de supervivencia y profundizan las problemáticas existentes. Crece la asimetría entre los países beneficiados y los perjudicados.

3. Dado que los cambios climáticos afectan con mayor gravedad a sociedades vulnerables, tanto en términos de probabilidad como en las dimensiones que estos alcanzan, la violencia hará aumentar los movimientos de fugitivos y las migraciones, ya sean internas o entre fronteras. Ambos movimientos acarrearán nueva violencia.
 4. Las migraciones que cruzan fronteras nacionales arriban a las islas de la prosperidad y estabilidad en Europa occidental y América del Norte y dan motivo a los actores estatales para agudizar su política de seguridad y para aumentar sus fuerzas de seguridad. Las consecuencias en materia de política exterior son estrategias de aseguramiento de las fronteras que, por un lado, intentan trasladar los conflictos limítrofes más allá de sus fronteras y, por otro, incrementan las acciones coercitivas contra las violaciones de las fronteras.
 5. El terrorismo que aumenta a medida que los procesos de modernización se globalizan encuentra legitimación y refuerzo en la desigualdad y la injusticia surgidas del cambio climático.
 6. Esto acarrea un continuo aumento de las necesidades de control por parte del Estado. Se restringen los espacios de libertad de acción y se incrementa el nivel de violencia monopolizada.
 7. Los nuevos espacios sin marco legal que se generaron en el transcurso de la guerra contra el terrorismo aumentan el nivel de violencia ejercida por el Estado e inauguran espacios sociales entre bastidores por fuera del marco legal constitucional. El ejercicio de la violencia es exportado fuera del propio territorio; los delitos son trasladados a la antesala del hecho.
 8. Los *shifting baselines* (puntos de referencia cambiantes) transforman tanto el modo en que se perciben los problemas como el grado de aceptación de las soluciones propuestas y de las medidas a tomar. Los estándares de normalidad y las normas se desplazan.
 9. Estos procesos interactúan. Hechos como el aumento constante de fugitivos, el incremento de las medidas de seguridad y los conflictos entre países por los recursos naturales producen efectos autocatalíticos.
- Las catástrofes ecológicas repentinas ponen en jaque la capacidad de que disponen los países pertenecientes a la OCDE y los países emergentes para superarlas; en sociedades que fracasan tienen efectos letales. La sensación de amenaza y el estrés que provocan generan reacciones impredecibles.

El resultado de todo esto es un estado de cosas que concierne a la imagen global de las sociedades en su conjunto y ejerce presión sobre ella; le seguirán situaciones de crisis y el ejercicio de la violencia de diversa forma e intensidad. El clima social es más complejo que el físico, pero esto no significa que no sea posible identificar peligros y violencia *potenciales* que puedan activarse en el futuro. Las transformaciones climáticas actúan en dos direcciones: pueden suscitar conflictos violentos o profundizar situaciones de conflicto existentes, y, además, pueden producir *consecuencias inesperadas* por interacciones, acumulaciones o concatenaciones indirectas. Es hora de introducir los efectos ambientales en los cálculos descriptivos y los análisis de los conflictos sociales. La mayoría de los aspectos del proceso de transformación aquí bosquejado ha abandonado hace tiempo el campo de la suposición hipotética para determinar la realidad actual de la humanidad: *hay* guerras climáticas, la gente *mata, muere, huye*. Desde un punto de vista empírico no existe el menor fundamento para creer que el mundo seguirá siendo el mismo que conocemos.

Lo que se puede hacer y lo que no I

La pregunta por la posibilidad de que en el futuro se eviten *soluciones radicales a problemas sociales* también pone a prueba la capacidad de las sociedades para aprender de la historia. Y esto no es una pregunta académica, sino política.

Ahora bien, en tiempos en que la amenaza gravita sobre el planeta en su conjunto hay dos motivos para que el pensamiento político no pueda tomar como orientación los modelos de futuro concebidos hasta el último detalle: porque carece de la imaginación necesaria, pero principalmente porque las promesas de redención social del siglo XX se revelaron como catástrofes totalitarias. Pero precisamente por eso es necesario un resurgimiento del pensamiento político, que tiene que pasar la prueba de una *crítica de toda instancia que restrinja las condiciones de supervivencia de los otros*, lo cual requerirá, por cierto, más pensamiento prospectivo y anticipatorio del que se aprendió a aplicar en las últimas décadas. De cara a amenazas de consecuencias que sólo en el futuro se percibirán en toda su dimensión, las sociedades, debido a su falta de experiencia en estos aspectos, se dirigen a las nuevas problemáticas como se dirige un barco cisterna a un iceberg que ya no puede eludir por más que hace tiempo lo tenga al alcance de la vista.

Después de todo lo expuesto en este libro en materia de consecuencias sociales de los cambios climáticos no debería resultar difícil imaginarse que el mundo en pocas décadas tendrá un aspecto marcadamente diferente al actual. Y es de temer que en no pocas regiones

las probabilidades de supervivencia de los hombres que allí residan serán inferiores. Por lo tanto, la pregunta que cae de madura al final de un libro como este es: ¿qué se puede hacer para que el autor no esté en lo cierto?

Seguir-como-hasta-ahora

Una de las muchas maneras de actuar posibles es tan sencilla como evidente: seguir-como-hasta-ahora. Esa opción prevé un mayor crecimiento económico, lo cual requiere seguir explotando energías fósiles importadas y otras materias primas y, a mediano plazo, conduce a una reducción sistemática de todo tipo de auxilio para aquellas sociedades que se enfrentarán a dificultades cada vez mayores. A modo de ejemplo, tal estrategia de futuro acepta el hecho de que los vehículos utilicen una proporción cada vez mayor de biocombustibles para estirar el plazo en el que todavía haya petróleo disponible. Y cuenta con que se exterminen bosques tropicales para obtener superficies donde cultivar plantas oleaginosas. Esto ya sucede en muchos países de América del Sur y de Asia¹ y suele ir de la mano de brutales ocupaciones de las tierras y de la expulsión de la población local.

En lo que atañe a la política económica y la política exterior, seguir-como-hasta-ahora también presupone la estrategia de celebrar acuerdos y contratos con países en los que ni se respetan los derechos humanos ni se observan los estándares ambientales; siempre con el fin de garantizar la provisión a mediano plazo. Y exige aceptar que los recursos humanitarios para intervenciones en situaciones de crisis serán relativamente más limitados a mediano plazo de lo que ya son actualmente, porque tanto la cantidad de conflictos como la de refugiados aumentará y los recursos naturales necesarios para la subsistencia se reducirán a la par.

Es por eso que será necesario repartir la ayuda de manera más selectiva, de lo que se deduce a la inversa que algunos países y regiones deberán ser excluidos de esta ayuda. Aquí no se trata de procesos que ocurren en el centro de la vida social, sino de aquellos que pertenecen al trasfondo de circunstancias secundarias, por lo que medidas negativas de esta

¹ Hasta la fecha, cerca de cinco millones de hectáreas de selva tropical de las islas indonesias de Sumatra y Borneo fueron transformadas en terrenos cultivables para aceite de palma, la mayor parte mediante incendios intencionales. Esto produce la liberación de hasta mil millones de toneladas de emisiones de CO₂ (cfr. <http://www.umweltschutz-news.de/266artikel1376screenout1.html?besucht=66cecb92>). A esto se agrega que los biocombustibles son contraproductivos ecológicamente ya que si bien no afectan el clima en lo que respecta al dióxido de carbono, sí lo hacen con respecto a las emisiones de óxido nitroso: el efecto invernadero del diesel de colza es 1,7 veces más fuerte que el del diesel tradicional (Frankfurter Allgemeine Zeitung, 2/10/2007, p. N1).

índole no son escandalosas en potencia y no suscitan problemas en el campo de la acción política.

Una estrategia semejante puede ser considerada racional hasta el momento en que las consecuencias del cambio climático resultado del incremento de emisiones también lleguen a perjudicar a aquellos países que, en un primer momento, habían sido los menos afectados, ya sea por efectos ambientales en sentido estricto o por las repercusiones económicas que en forma de oleadas producen las guerras y los conflictos en otras partes del mundo, el terrorismo y el aumento de la presión migratoria. O también los conflictos generados al interior de las sociedades cuando las generaciones venideras ven negadas las oportunidades de vida que sí pudieron disfrutar las generaciones de los responsables. Pero todavía, y por un par de décadas más, puede andar todo bien, y para quienes hoy integran la franja de mediana edad –y que a fin de cuentas constituyen el núcleo fuerte de las elites de funcionarios– seguir-como-hasta-ahora, dentro de todo, puede pasar por la estrategia más racional a la hora de actuar. Además, aparenta cierta elegancia porque no suscita problemas morales: no es un actor individual, sino un actor representacional el que negocia con el estado nacional, y en el contexto de una negociación entre países las categorías de comportamiento individual como egoísmo, falta de consideración o indolencia son irrelevantes. Todo país puede actuar como un cerdo sin que esto cambie en lo más mínimo su poder de negociación en el contexto internacional.

Si la estrategia de seguir-como-hasta-ahora se extrapolara a la esfera del individuo, inmediatamente tendríamos ante nosotros a una persona con rasgos sociopáticos que no tiene el menor reparo en ganar 70 veces más² que todas las demás personas, a la vez que echa mano de las materias primas de estas en dimensiones elevadas, una persona que en consecuencia consume 15 veces más de energía, agua y alimentos y que, comparando con los menos favorecidos, devuelve al medio ambiente 9 veces más sustancias contaminantes. Esta persona sociopática, además, demuestra un desinterés categórico por las condiciones de vida de sus hijos y nietos y se aviene a que por su culpa y la de personas de su misma condición 852 personas sufran hambre y más de 20 millones estén huyendo a nivel mundial.

Según todos los criterios establecidos, de una persona con esas características se diría que no está integrada a la sociedad; hablando lisa y llanamente, se la consideraría un peligroso parásito cuyo accionar debería ser detenido lo antes posible. Pero como los actores colectivos no son sometidos a imputaciones de índole moral porque –en tanto meros representantes de

² En 2006, en más de veinte países africanos el PBI por habitante se ubicaba por debajo de los 500 US\$; en comparación, los alemanes alcanzaron 35.204 US\$ por habitante y los estadounidenses 44.190 US\$ (Spiegel-online en: <http://www.spiegel.de/politik/ausland/0,1518,grossbild-991373-510917,00.html>).

estados, instituciones, federaciones y empresas que integran conjuntos de acciones— a todo momento pueden distanciarse de sus actos en calidad de sujetos,³ la amoralidad ni siquiera aparece como categoría en la política internacional. De ahí que los intentos por introducir la categoría de "estado canalla" por parte de los Estados Unidos para defender su derecho a realizar guerras preventivas ("preemptive strikes") resulten tan insostenibles como impertinentes. En otras palabras: mientras en los contextos en que se desarrolla una acción no estén en juego imputaciones y atribuciones personales, la moral no tiene relevancia alguna en el modo de actuar. Por esa razón, los miembros de las sociedades pueden seguir concibiéndose como personas que actúan según las reglas de la moral aun cuando el cuerpo social que constituyen se comporte de manera amoral.

Así, las asimetrías del mundo globalizado en materia de igualdad y justicia no resultan llamativas ni conmovedoras; por eso, si alguien se sintiera responsable de la miseria de una persona situada en el extremo final de la sucesión de acciones en cuyo comienzo se encuentra él mismo, sería tildado de irracional e insensato en el mundo occidental. De modo que la probabilidad de que en los países favorecidos se elija otra estrategia que la de seguir-como-hasta-ahora es ínfima.

Pero quien, apelando a la justicia generacional o la racionalidad de supervivencia del género humano, considere inaceptable esta solución tiene tres alternativas para torcer el rumbo de la situación hacia un camino mejor, alternativas que no se excluyen mutuamente, sino que pueden ser combinadas. La primera y preferida es la individualización del problema y de su solución. Un libro recientemente publicado acerca del cambio climático con el título "La revolución climática"⁴ ilustra esta estrategia con sus cien consejos para salvar el mundo: educar a los hijos en pos de la protección del clima (consejo 10), no encender el lavavajillas hasta que esté lleno (consejo 35), compartir vehículos en forma organizada (consejo 56) o separar la basura (consejo 95), lo que evidentemente también implica un aporte contra el calentamiento global.

Consejos de este tipo no sólo se encuentran en una relación ridícula con respecto a las dimensiones del problema en cuestión, sino que, al individualizar los aspectos referentes a la responsabilidad y el compromiso ante el cambio climático, reducen extremadamente el nivel y la complejidad de estos aspectos. La suposición —desde siempre errónea pero altamente sugestiva— de que las transformaciones sociales comienzan en las pequeñas cosas se vuelve ideológica cuando no incluye a actores corporativos y políticos en la responsabilidad, y se

³ Erving Goffman: Rollendistanz, en: Heinz Steinert (comp.), Symbolische Interaktion, Stuttgart 1973, pp. 260–279.

⁴ Anschöber/Ramsauer, Klimarevolution, (nota 82), pp. 166 ss.

vuelve irresponsable cuando sostiene que el problema es abordable con cambios en el nivel del comportamiento. Si la industria petrolera quema anualmente entre 150 y 170 mil millones de metros cúbicos de gas natural⁵ –tanto como consumen juntos los países industrializados Alemania e Italia por año– la lógica en vista de los efectos potenciales indica que el ahorro individual se convierte en un comportamiento apenas digno de una nota al pie.⁶ Dicho de otro modo: constituye una irresponsabilidad política generar la impresión de que los problemas relacionados con el principio económico del crecimiento fundado en el uso de recursos naturales pueden ser solucionados con directivas para el comportamiento individual. Será cierta la frase de que la energía más limpia es aquella que no es siquiera utilizada, pero si se observa el incremento en las emisiones de los países emergentes se ve que tal principio no se corresponde con un sector relevante de la realidad.

Emisiones de los países emergentes

Países emergentes	China	India	Sudáfrica	México	Brasil
Emisiones totales 2004	5.253 Millones de t.	1.609 Millones de t.	453 Millones de t.	487 Millones de t.	905 Millones de t.
(entre paréntesis: cambios desde 1990)	(+ 48 %)	(+ 50 %)	(+ 18 %)	(+ 30 %)	(+ 35 %)
Emisiones por persona	4,2 t.	1,6 t.	10,5 t.	4,9 t.	5,3 t.
(entre paréntesis: cambios desde 1990)	(+ 34 %)	(+ 25 %)	(– 1%)	(+ 9%)	(+ 18 %)

Fuente: Bundeszentrale für politische Bildung:

M02.07 Emisiones de CO2 en países emergentes

Como contrapartida, lo que aumenta en proporciones similares es el efecto psicológico que produce la individualización de las consecuencias del calentamiento global. De este modo, el problema parece haber retornado al área de control del individuo. Colaborar está en manos de cada uno, que puede comenzar sin demora la próxima vez que encienda el lavavajillas.

⁵ Anselm Waldermann: Profitdenken schlägt Umweltschutz [La búsqueda de ganancias vence a la protección ambiental], Spiegelonline, 6/9/2007, en: <http://www.spiegel.de/wirtschaft/0,1518,504278,00.html>

⁶ Sin mencionar las dialécticas de la reducción de sustancias contaminantes, uno de cuyos ejemplos es el óxido nitroso, que aumenta con el uso de biocombustible y neutraliza la reducción de las emisiones de dióxido de carbono.

El segundo campo de acción es el estatal, donde a raíz de los informes del IPCC (Grupo Intergubernamental de Expertos en Cambio Climático) se iniciaron actividades en muchos países: desde el programa de protección climática del Ministro de Medio Ambiente alemán hasta la propuesta australiana de cambiar a nivel nacional las lámparas incandescentes por lámparas de bajo consumo. Las medidas que apuntan a mejorar el aislamiento térmico de los hogares generarán sin duda un ahorro de energía, y la meta del gobierno alemán de reducir las emisiones de CO₂ hasta el año 2020 en un 40% es ambiciosa pero responde a las proporciones del problema. Aunque la cuestión climática presente importantes diferencias entre los países y el hecho de que las emisiones y sus efectos no se atienen a las fronteras nacionales restrinjan los efectos de las soluciones a nivel estatal, estas no dejan de tener utilidad: las estrategias innovadoras de actores colectivos, aunque estos actúen de manera aislada, modifican el estado de la constelación que conforman las sociedades, al menos de manera gradual, y el papel del precursor es inspirador. Como en el caso de las transformaciones en el comportamiento individual, también aquí es importante el efecto psicológico: se reducen los sentimientos de pérdida de control y de impotencia en el modo de actuar. No obstante, debería verse la limitación sistemática de tales estrategias: las soluciones nacionales no pueden conducir al "giro climático" porque su influencia cuantitativa es demasiado escasa.

Lo que queda es la esfera interestatal, donde reina la mayor complejidad y, por consiguiente, se vuelve más patente la pérdida de control. No existe una organización supraestatal que pudiera instar a estados soberanos para que emitan menos gases de efecto invernadero de lo que a ellos les parece razonable. Y lo mismo vale para la contaminación de los ríos, la construcción de represas, la tala de bosques. Tampoco existe un monopolio de la violencia interestatal que pudiera imponer sanciones a la soberanía nacional en caso de desplazamientos o expulsión de grupos poblacionales fronteras adentro, expropiaciones y ocupaciones de tierras o en caso de violaciones de los derechos humanos por una política ambiental desconsiderada etc. La división de poderes existe al interior de cada nación, pero no entre estados. Sólo el derecho penal internacional ofrece un punto de partida para crear normas supraestatales con las que los actores responsables de masacres, genocidios etc. pueden ser llevados ante cortes o tribunales internacionales.⁷ El ulterior desarrollo de instituciones supranacionales y ante todo –como lo muestra el ejemplo de la ONU– la

⁷ Es, por cierto, el reconocimiento del individuo como sujeto del derecho internacional lo que posibilitó el desarrollo de un derecho penal internacional y permitió iniciar juicio a políticos o militares responsables individuales. A la inversa, sólo el ataque de naciones contra individuos permite la intervención en los derechos de soberanía (Gerhard Werle: *Völkerstrafrecht*, Tubinga 2003, pp. 2 ss.).

dotación de estas con instrumentos sancionarios se ubican a una distancia temporal que no coincide ni tangencialmente con los tiempos del calentamiento global. Pero también es cierto que se puede sostener la esperanza de que este problema promueva nuevos impulsos para crear instituciones de esta índole, ya que el derecho penal internacional actual también tuvo su origen en una catástrofe social: a saber, en los crímenes del nacionalsocialismo, que fueron definidos en los juicios de Núremberg como *crímenes contra la humanidad*. En el presente, sin embargo, los acuerdos internacionales en el área medioambiental se limitan a autocompromisos prácticamente no susceptibles de recibir sanciones desde afuera en caso de incumplimiento.

Por eso mismo, también aquí se arriba a la conclusión de que todo lo que se haga a nivel internacional en pos de la protección del clima es bueno, pero que es una ilusión creer que así de aquí al 2020 se logrará reducir las emisiones lo suficiente como para frenar el calentamiento global.

Tales son las esferas de acción a nivel social de las que disponemos a esta altura de las circunstancias. De modo que habrá que partir de la constatación de que el problema del cambio climático hoy en día *no es solucionable*, lo que significa que el calentamiento también irá más allá del aumento de dos grados centígrados respecto del nivel actual, aumento que aún se considera controlable.

(...)

La buena sociedad

Ante todo: el problema del calentamiento global se originó con el uso irresponsable de la tecnología, por lo cual todo intento de corregirlo con un uso nuevo pero "mejor" de la tecnología es parte del problema y no de su solución. Dado que, debido a la dimensión cualitativa y cuantitativa de este problema, nadie sabe concretamente en qué consistiría una estrategia de salvación, en este preciso momento se vuelve necesario abandonar el pensar-como-hasta-ahora. Aquí es preciso tener presente que lo que caracteriza la forma de la supervivencia humana y posibilita la acción es justamente la liberación de la presión de actuar de manera inmediata, propia de la reacción a estímulos. Por ese motivo, las salidas de las crisis requieren necesariamente la apertura de nuevos espacios mentales. Pensar demasiado rápido puede ser letal para los hombres, por lo cual la percepción de un problema de dimensiones desmesuradas debería dar lugar a una pausa para la meditación, en la que pueda

abrirse un espacio mental que permita entender qué es efectivamente lo que está en juego y qué es lo que se puede hacer. Sólo las observaciones desapasionadas permiten bajarse de la lógica letal de las imposiciones fácticas, que se presentan por ejemplo en falsas alternativas cuando se pregunta si en pos de la protección del clima se debería apostar a centrales térmicas de carbón perfeccionadas o mejor a la energía nuclear.

Se trata de falsas alternativas porque ambas tecnologías energéticas dependen de recursos naturales limitados y ambas han demostrado tener consecuencias que escapan a las previsiones. El debate acerca del cambio climático está colmado de tales alternativas aparentes, por ejemplo también cuando se pregunta si a las sociedades retrasadas en su modernización se les debería conceder los mismos derechos de contaminación que tuvieron en su momento, por desgracia, los países de industrialización temprana, pese a que sólo fue así porque nadie se preocupaba por ese tema. En la situación actual, *con conocimiento de las consecuencias* de tal negligencia, una pregunta semejante no es más que la expresión de afectada estupidez. Sin duda hay mejores ocasiones para reflexionar acerca de la justicia global que justamente al evaluar la conveniencia de una mayor reducción de las oportunidades futuras de la humanidad. Si es que hay algo para discutir en este contexto, se trata de la pregunta por una distribución justa de los costos adicionales que se producen por la reducción del gasto energético. Deberían conformarse comisiones de ética que elaboren propuestas para establecer cómo los países ricos, altamente industrializados, pueden poner a disposición de los países en vías de modernización la tecnología necesaria para reducir o, mejor aún, evitar las emisiones, a no ser que se opte por preguntarse si realmente es deseable que se alcance el nivel de modernización occidental a nivel global.⁸

Entra también en la categoría de falsa alternativa preguntarse si a los refugiados ambientales y climáticos hay que ubicarlos provisoriamente en terceros países o si hay que dejar que se ahoguen en el mar. Aquí las imposiciones fácticas despliegan su lógica totalitaria y debe decirse con todas las letras que estas personas son repatriadas o mueren porque en los países de Schengen se acordó que no se las quiere tener. Esto no es una afirmación moral, sino empírica. Si este tipo de decisiones en materia de política de seguridad referidas al trato con seres humanos no causan disonancias morales, no hay problemas en continuar en la tesitura de no dejarlos entrar.

Podría abandonarse esta lógica si se dejara de emplear la capacidad intelectual para desarrollar estrategias de exclusión con apariencia lo más humana posible (comprometiendo a

⁸ Es curioso que la crítica de la cultura del consumo y de los medios y el registro de todos los daños colaterales de la modernización desde la obesidad infantil hasta la erosión de las relaciones sociales no cambie un ápice en la convicción de que en Occidente se vive en el mejor de todos los mundos pensables.

tal fin cuantiosos recursos) y, a cambio, se optara por reflexionar sobre posibles modos de participación, que, a fin de cuentas, por motivos demográficos estarán forzosamente en la agenda de mediano plazo de los países tempranamente industrializados. ¿Por qué las sociedades que tienen la intención de enfrentar exitosamente también desafíos futuros habrían de aferrarse al ideal del estado nacional étnicamente homogéneo en la medida de lo posible, ideal que, en vista de los requisitos para alcanzar una mayor modernización, de todos modos demostrará su anacronismo?

Y si ya se está en busca de caminos más allá de las falsas alternativas y las imposiciones fácticas aparentes, podría definirse todo el problema del cambio climático como un *problema cultural* y se obtendría inmediatamente una mirada diferente sobre el asunto. El hecho de que el cambio climático afecta las culturas humanas y es perceptible exclusivamente en el marco de prácticas culturales como agricultura, ganadería, pesca, ciencia etc. demuestra el grado de evidencia de esta afirmación. En el fondo, los problemas ecológicos no son problemas de la naturaleza indiferente, sino sólo de las culturas humanas que ven amenazada su subsistencia por estos.

De modo que la pregunta por las formas y las posibilidades de la supervivencia futura es una *pregunta cultural* y como tal debe ser vinculada a la constitución de la propia sociedad y del propio mundo de la vida. Podemos particularizar las preguntas: ¿Puede una cultura ser exitosa a largo plazo si depende del consumo sistemático de recursos naturales? ¿Puede sobrevivir si consiente la exclusión sistemática de las generaciones siguientes? ¿Puede convertirse en modelo para aquellos cuyas simpatías necesita granjearse para asegurar su propia continuidad? ¿Es irracional que una cultura semejante sea vista desde afuera como exclusivista y rapaz y sea rechazada por eso?

Traducir el problema climático a una cuestión cultural y salirse de la lógica fatal y a menudo letal de las imposiciones fácticas implica una oportunidad de desarrollo cualitativo, en particular cuando la situación es tan crítica como lo es actualmente. Quedarse aferrado a las imposiciones fácticas aparentes excluye modos posibles de pensar y actuar que se ofrecen sin más en el caso de una contemplación distanciada.

Cuatro ejemplos diferentes a modo de ilustración: Noruega no invierte el patrimonio nacional que adquirió por los yacimientos petrolíferos en imponentes proyectos de infraestructura o en el incremento del bienestar de la población actual, sino que persigue una estrategia de inversión a futuro que posibilite también a las generaciones venideras alcanzar el alto estándar de vida del presente y beneficiarse con las prestaciones de servicio del Estado social. Las inversiones se eligen según criterios éticos: por ejemplo, empresas comprometidas

con la producción de armas nucleares son excluidas.⁹ A la vez se invierte en modos de abastecimiento energético que protejan el clima. La comunidad noruega de Utsira, una isla en el Mar del Norte, cuenta con una central eólico-hidráulica que le permite autoabastecerse de energía. Esto es un ejemplo de la implementación eficaz y duradera de recursos del tesoro nacional.

Hace unos veinte años, Suiza optó por un diseño en materia de transporte que favoriza el transporte público y garantiza la inclusión de todas las comunas en la red pública. En el marco de este proyecto, en Zúrich se volvió a introducir el tranvía justo cuando en muchas ciudades alemanas se lo estaba eliminando, y se inauguraron tramos ferroviarios cuando en otros lugares eran paralizados. Suiza cuenta hoy con la red de transporte público más densa del mundo, pese a que su situación de partida en tanto país montañoso es a todas luces difícil. Las localidades alejadas y los valles transversales se conectan a la red por "autobuses del correo". Cada suizo realiza en promedio 47 viajes en tren por año; el promedio de la UE se ubica en 14,7.¹⁰

Estonia garantiza el acceso gratuito a internet como derecho fundamental. Este suministro ilimitado de posibilidades de comunicación no sólo reduce la burocracia y crea potenciales para formas más directas de democracia, sino que también se ha convertido en un motor de la modernización que apela principalmente a los miembros más jóvenes de la sociedad.

La decisión que tomó en 2003 el gobierno alemán de rehusar una alianza militar contra Irak aceptando, a cambio, soportar considerables presiones en el campo de la política exterior se ha confirmado como correcta y previsoras. Se evitó un error irreversible con consecuencias impredecibles para la comunidad política de la República Federal al remitir al papel histórico negativo que tuvo Alemania en las dos guerras de mayor envergadura del siglo XX, lo cual constituye un ejemplo práctico de cómo aprender de la historia.

Estas decisiones políticas de índole tan diversa tienen un denominador común: todas exhiben un componente relacionado con la afirmación de una identidad. Los cuatro casos se fundan en la autoidentificación de un cuerpo político que no sólo toma una decisión acerca de un problema efectivo, sino también acerca de lo que quiere *ser*: una sociedad que administra justicia generacional en el caso de Noruega, una sociedad que ofrece a todos los ciudadanos y ciudadanas la misma movilidad en el caso de Suiza, una república con oportunidades

⁹ Real Embajada de Noruega en la República Federal de Alemania: Ausschluss von Gesellschaften aus dem Staatlichen Pensionsfonds [Exclusión de sociedades del fondo de pensión estatal], en: <http://www.norwegen.no/policy/politicalnews/Selskaper+utelukket+fra+oljefondet.htm>

¹⁰ Cfr. Informationsdienst für den öffentlichen Verkehr [Servicio de información para el transporte público, LITRA], noticia del 6/7/2004, en: http://www.litra.ch/Juli_2004.html

igualitarias de comunicación en Estonia, una sociedad capaz de aprender, que se sustrae a funestas políticas intervencionistas, en Alemania. Este nivel de concretización de la identidad presente en las respectivas decisiones también entraña una autodeclaración acerca de lo que uno quiere ser *en tanto noruego, suizo, estonio o alemán*, y de las condiciones en las que uno quiere vivir, al menos respecto de lo que en cada caso está en juego. Y creo que allí se encuentra algo de gran importancia para plantearse de qué modo cada cultura se enfrenta al calentamiento global: porque la pregunta acerca de qué hay que hacer y cómo hay que hacerlo no puede ser respondida si no se responde antes cómo se quiere vivir.

Esta pregunta no puede *dejar* de ser respondida, incluso seguir-como-hasta-ahora es una respuesta: lo que ésta formula es que se quiere continuar por la vía que llevó a los problemas que hoy se tratan de superar. Esta respuesta declara aceptar que se profundicen las asimetrías, desigualdades e injusticias ya existentes tanto a nivel interestatal como intergeneracional como consecuencia del cambio climático. Y cada respuesta excluye otra respuesta posible.

Cómo se quiere vivir en el futuro en la sociedad de la que uno forma parte es, de hecho, una pregunta cultural, ya que obliga a plantearse cuestiones como quiénes deben formar parte de esa sociedad y cómo debe organizarse la participación, cómo deben repartirse los bienes materiales e inmateriales como ingresos y cultura etc. Por ejemplo, ponerse de acuerdo acerca de si lo que se debe hacer es subvencionar el uso de energías fósiles (como en las cuencas carboníferas) o ampliar el sistema educativo, si se opta por promocionar puestos de trabajo en industrias obsoletas o por fomentar posibilidades futuras a través de mejores escuelas, implica plantearse preguntas culturales que arrojan respuestas parciales acerca del tipo de cuerpo social que se tiene en mente y de las posibilidades de identificación que éste ofrece a la ciudadanía en su conjunto. Las respuestas a estas preguntas culturales pueden tomar como orientación el imperativo de si los *futuros potenciales de desarrollo* se ven limitados por ellas o no.

Los puntos de partida para alcanzar un modelo de sociedad participativa y de estructura abierta –una sociedad en modo potencial– son, por un lado, la riqueza material de la que disponen los países occidentales, y las obligaciones que tal riqueza implica en una perspectiva internacional. Por otro lado, es necesario pensar más allá del día a día, es decir, pensar de manera *política*. No basta con morar en la desorientación e intrascendencia del universo arbitrario de un capitalismo globalizado. Y esto significa que es necesario, precisamente en una situación de crisis, animarse a elaborar uno mismo visiones de futuro, proyectos o simplemente ideas que aún no hayan sido pensadas. Tal solución puede sonar

ingenua, pero no lo es. Lo que es ingenuo es la idea de que el tren que marcha hacia la destrucción progresiva de las condiciones de supervivencia de muchas personas modificaría su velocidad y dirección si en su interior se corre a contramano del sentido de la marcha. Albert Einstein dijo una vez que los problemas no pueden ser solucionados con los patrones de pensamiento que los generaron. Hay que cambiar la dirección global, y para eso es necesario primero detener el tren.